

TERRORISMO, REVANCHA, LEGÍTIMA DEFENSA, GUERRA Y PAZ DEL HOMBRE

**Discurso del cardenal Carlo M. Martini,
arzobispo de Milán,
en la víspera de San Ambrosio (6-12-2001)**

«En aquel mismo momento llegaron algunos que le contaron lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de sus sacrificios. Les respondió Jesús: «¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos, porque han padecido esas cosas? No, os lo aseguro; y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo. O aquellos dieciocho sobre los que se desplomó la torre de Siloé, matándolos, ¿pensáis que eran más culpables que los demás hombres que habitaban en Jerusalén? No, os lo aseguro; y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo» (Lc 13, 1-5).

INTRODUCCIÓN

Los temas de mi discurso, que quedan indicados en el título, han acompañado desde siempre a la Humanidad, desde que Caín atacó alevosamente a Abel y lo mató (Gn 4, 8) y desde que Dios declaró: «Quienquiera matare a Caín, lo pagará siete veces» (Gn 4, 15), hasta la palabra de Jesús: «Os dejo la paz, mi paz os doy» (Jn 14, 27).

Pero durante estos meses, desde el 11 de septiembre, estos temas se han vuelto absolutamente actuales. Conocemos los hechos: gravísimos atentados terroristas que revelan una capacidad inaudita de odio y fanatismo que se sirve de tecnologías refinadas y se alimenta de formas hasta ahora inéditas de fundamentalismo civil y religioso (piénsese en todos los aspirantes suicidas). A los atentados les ha seguido una acción de caza a los terroristas que ha desembocado en una guerra en Afganistán. Durante estos últimos días, además, se han multiplicado vergonzosos atentados suicidas contra ciudadanos inermes en Israel, a los que han sucedido retorsiones y acciones militares en Palestina, en lugares donde ya hace años que se da una violencia creciente cuyo fin no alcanzamos a vislumbrar.

1.- Una mirada al Evangelio (Lc 13, 1-5)

Semejantes hechos nos afligen, nos interrogan, nos turban. Pensamos con dolor en los innumerables muertos, en los heridos que llevarán durante toda la vida la señal de la tragedia, en las familias destruidas, en los millones de refugiados, en el llanto de los niños mutilados. Nacen muchas preguntas, hipótesis, inquietudes. Preguntas de carácter humano y religioso, pero también de carácter político. Quisiéramos comprender, enjuiciar, ver cómo actuar para acabar con el terrorismo, el miedo, la guerra; cómo operar seriamente con vistas a una paz duradera.

Ciertamente, la situación resulta aún demasiado compleja y fluctuante para poder describirla de manera adecuada. Cada día, además, va añadiendo su parte de sorpresa, generalmente dolorosa. Había iniciado las presentes reflexiones partiendo del atentado

contra las Torres Gemelas, pero los acontecimientos de Afganistán y, en los últimos días, el recrudecimiento de las matanzas en el Oriente Próximo, han ido ensanchando progresivamente mi campo de discernimiento. Además, resulta innegable que en la preparación de la tragedia del 11 de septiembre tuvo un papel no secundario el resentimiento acumulado en el ya añoso conflicto israelo-palestino. Por ello me he preguntado con insistencia y le he preguntado al Señor: en este turbión de nuestra historia, ¿tiene realmente sentido hablar de paz? ¿y hablar de qué manera, y a qué precio?

Hablando, leyendo y escuchando mucho, me he dado cuenta de lo divergentes que son también los pareceres. Muchos son los puntos de vista, los ángulos de perspectiva; fortísimas las pasiones, las implicaciones emotivas; reacias a desmoronarse las preconcepciones, especialmente las inconscientes. Parecería más sabio aguardar, rezar y mientras tanto remediar y curar en lo posible las heridas, como en urgencias. Pero San Ambrosio no se sustrajo a la reflexión y al intento de enjuiciamiento de hechos muy graves, públicos y controvertidos de su tiempo. Así, su humilde sucesor pide, por intercesión de nuestro patrono y con el auxilio de las oraciones y sugerencias de tantos, la gracia de poder hablar en voz alta de estas cosas ante Dios, el Evangelio y la conciencia de la Humanidad. Numerosas son las páginas bíblicas evocadas durante estos meses para buscar luz en la Palabra de Dios. Yo quisiera partir del pasaje evangélico de Lucas (13, 1-5) que ha sido leído durante la oración vespertina: se trata de dos afirmaciones o reacciones de Jesús, enfrentado a graves episodios sangrientos de origen político y a dolorosas calamidades naturales.

«En aquel mismo momento llegaron algunos que le contaron lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de sus sacrificios. Les respondió Jesús: «¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos, porque han padecido esas cosas? No, os lo aseguro; y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo. O aquellos dieciocho sobre los que se desplomó la torre de Siloé, matándolos, ¿pensáis que eran más culpables que los demás hombres que habitaban en Jerusalén? No, os lo aseguro; y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo» (Lc 13, 1-5).

Quisiera destacar un detalle curioso. San Ambrosio, que suele comentar con esmero y a veces con pedantería todo el tercer evangelio, se muestra reticente sobre este punto. Pasando por alto cualquier sentimiento antirromano que pudiera derivarse del crimen de Pilato, limitase a una afirmación marginal, planteando la hipótesis, respecto a la matanza de Jerusalén, de una culpa ritual de los galileos asesinados, haciendo de ella un caso ejemplar de castigo «para quienes por instigación diabólica no ofrecen el sacrificio con ánimo puro» (*Exposición del Evangelio según San Lucas*, VII, 159). Evita, pues, dejarse implicar por los arduos interrogantes políticos y teológicos que de tales acontecimientos se derivan y deja sin comentar el desconcertante e inédito comportamiento de Jesús. Cosa que, sin embargo, no logramos hacer nosotros.

Y es que Jesús se halla ante una maraña de problemas éticos, teológicos y políticos. Los interrogantes que surgen son análogos, si bien de mayor gravedad, al que sucesivamente se le planteará a propósito del tributo debido al César (Lc 20, 20-26): interrogante éste -advierde el evangelista Lucas- planteado «por unos espías, que fingieron

ser justos, para sorprenderle en alguna palabra y poderle entregar al poder y autoridad del procurador» (Lc 20, 20).

Aquí también se trata de preguntas-trampa, pero a propósito de hechos bastante más desconcertantes. Está sobre el tapete lo que nosotros llamaríamos un «crimen de Estado» ordenado por el representante del Emperador y perpetrado además en el lugar sagrado del Templo: es decir, una matanza acontecida probablemente durante las fiestas pascales y en la que muchas personas hubieron de ser asesinadas, tal vez terroristas dispuestos al sacrificio supremo. Desconocemos cuántos fueron, pero basta con recordar que unos años antes el antecesor de Pilato había matado en una sola ocasión a tres mil judíos.

Jesús se ve por tanto provocado a expresarse y emitir un juicio: ¿condenará el asesinato político, ordenado con el fin de humillar aún más a los judíos y profanar el Templo? ¿Clamará contra la crueldad y el cinismo del régimen dominante? ¿O bien, como otros en Israel que consideraban, con todo, la dominación extranjera un mal menor frente a un posible caos, dirá haberse tratado de una dolorosa operación de legítima defensa, de una represión inevitable para conjurar nuevas matanzas a cargo de un terrorismo suicida y sin salida? ¿Antaño, el mismo profeta Jeremías no había tal vez desaconsejado actos de inútil resistencia contra el conquistador babilonio? Imagino que Jesús habrá sentido el peso de la pregunta que en una ocasión le harán los judíos en el Templo: «¿Hasta cuándo mantendrás nuestro ánimo suspenso? Si tú eres realmente el Cristo, dínoslo abiertamente». Es decir, en nuestro caso: dínos, tú que lo sabes todo, de qué lado está la verdad y de qué lado la injusticia. También la segunda situación narrada por Lucas 13, 15 evoca preguntas actuales. Hace referencia a una calamidad natural, la caída de una torre en Jerusalén que aplasta a dieciocho personas (nosotros pensamos en los accidentes y dramas de estos últimos tiempos: los desastres de los túneles del Mont Blanc y del Gotardo, el trágico accidente del aeropuerto de Linate, los accidentes aéreos de las últimas semanas, los estragos de los escapes de gas...). Entonces, como ahora, tales accidentes suscitaban muchas preguntas: ¿se trata de calamidades naturales o son fruto de negligencia, de error humano o de inconsciencia o de imprudencias inexcusables? ¿Quién es el culpable? ¿Quién tenía que vigilar? ¿Qué autoridad ha omitido los controles debidos, infravalorado las advertencias, etcétera?

Los dos episodios se le proponen a Jesús con el fin de que tome posición. Muchos esperan, como he indicado que se declare contra el tirano Pilato; otros quisieran que criticara a los galileos como terroristas insipientes. A propósito de la caída de la torre se espera que denuncie con palabras inflamadas la dejadez de los gobernantes o, al contrario, que recrimine la imprudencia culpable de la gente. En cambio, se realiza lo imprevisto. Jesús no toma posición ni a favor ni en contra de ninguna de las personas implicadas, no se expresa acerca de cuál de los protagonistas inmediatos ha de considerarse culpable. Verdad es que formula un juicio propio, que habremos de profundizar. Pero su voz se eleva por encima de todos los temas -aun graves- de política corriente. Ello puede sorprender, defraudar y desconcertar. Veremos qué significa para nuestro tiempo. Notemos sin embargo desde ahora que se realiza lo que afirmaba un historiador reciente de los orígenes cristianos: «En comparación con los profetas clásicos de Israel, el Jesús histórico se mantiene notablemente silencioso a propósito de muchas cuestiones sociales y políticas comprometidas de su tiempo... El Jesús histórico no se limita a subvertir algunas

ideologías, sino todas ellas» (J. P. Meier, *Un ebreo marginal: Ripensare il Gesu storico*, Brescia, 2001, pág. 189).

2.- Interrogantes de hoy

Algo semejante acaece hoy en día. Los interrogantes acerca de los hechos históricos y, sobre todo, acerca de los dramáticos acontecimientos de nuestros días son muchos, y comprensiblemente cargados de emociones complejas, de precomprensiones afectivas e incluso de prejuicios. Y en no pocas ocasiones se piden a alguna autoridad moral respuestas inmediatas y esclarecedoras (¡por regla general esperando ver confirmado lo que cada uno ya ha enjuiciado en su fuero interno!). Muchos son, en especial, los interrogantes graves que el ciudadano de a pie se plantea ante las noticias y las imágenes televisivas de estos meses y días.

El primero concierne a los autores de los gestos terroristas, partiendo de los más clamorosos y mortíferos, especialmente los relacionados con el suicidio del terrorista, y consiste en la pregunta acerca del porqué. ¿Por qué puede un ser humano alcanzar tanta crueldad y ceguera? Se pregunta uno en que oscuros rincones de la conciencia pueden albergarse tales sentimientos de odio, de fanatismo político y religioso; qué resentimientos personales y sentimientos de humillación colectiva pueden estar en el origen de tamañas insensatas decisiones. Nada ni nadie podrán jamás justificar semejantes actos ni darles ningún tipo de apariencia de legitimación, ni siquiera encubierta. Sin embargo, hemos de preguntarnos: ¿en el pasado, nos hemos dado cuenta de verdad todos, respecto a otras personas y pueblos, de lo grandes y explosivos que podían volverse paulatinamente los resentimientos y todo aquello que en nuestros comportamientos podía contribuir y contribuía de hecho a avivar en el silencio llamaradas de rebelión y odio? No puedo, a propósito de la primera pregunta, dejar de subrayar la tremenda responsabilidad de quienes, tal vez dotados de grandes medios de fortuna, han aprendido a explotar los resentimientos y suministran los instrumentos de muerte, financiando, armando y organizando a los terroristas en todas las regiones del mundo, por muy cercanos que de nosotros estén. Tampoco para esas personas existe razón alguna o legitimación incluso mínima que justifiquen su acción. Valen en cambio las palabras de Jesús a quien explota de semejante manera la debilidad de las personas sencillas: «Más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos, y le hundan en lo profundo del mar» (Mt 18, 6). Y tampoco puedo olvidar lo que Jesús decía en el Sermón del Monte al prohibir incluso una palabra ofensiva, por contener ésta ya en sí los gérmenes del odio y del homicidio (Mt 5, 22: «El que llame a su hermano «renegado», será reo de la *gehenna* de fuego»). Los que por nuestra edad podemos recordar los primeros tiempos de la contestación (finales de los 60-principios de los 70) sabemos que la negligencia y la ligereza, ostentadas incluso por quienes tenían la responsabilidad de juzgar y castigar actos menores de vandalismo y de desprecio del bien público, abrieron paso a gestos harto más graves y mortíferos. Quien arroja hoy una piedra y se siente impune, mañana podrá poner una bomba o empuñar una pistola. La «tolerancia cero» respecto a toda palabra o gesto de odio está sufragada por una regla evangélica.

Además del interrogante de un juicio humano y moral severo sobre toda raíz -por pequeña que sea- de desprecio y de odio, venga de donde viniere y fuere contra quien fuere,

con vistas a desenmascararla y, en la medida de lo posible, a conjurarla y desarmarla, surge con insistencia en el corazón de la gente también un segundo interrogante, de carácter más bien político y militar: ¿resultará eficaz el tipo de acciones que se están emprendiendo contra el terrorismo? ¿Servirá de verdad para desalentar a los terroristas, para terminar con los macabros episodios de los hombres-bomba, para crear las condiciones necesarias para una superación de las causas de tantos factores de inquietud? Muy pocos de nosotros disponen de respuestas ciertas y articuladas a todas estas cuestiones, debido también a la complejidad de las mismas y a los diferentes y cambiantes escenarios y episodios a los que se refieren. Ello no es óbice para que opriman pesadamente las conciencias de todos, especialmente las de quienes tienen una responsabilidad más directa en la planificación de las operaciones contra el terrorismo, en la determinación de las medidas políticas, económicas, judiciales, culturales que se estiman necesarias. Sólo ellos conocen de cerca las circunstancias y la eficacia -positiva o negativa- de los bombardeos y de otras acciones bélicas, ya que los mismos medios de comunicación no parecen tener sino un limitado acceso a las fuentes directas de los datos y de las estrategias militares. Tampoco a este interrogante nos atrevemos a dar aquí una respuesta, pero está estrechamente vinculado al siguiente.

El tercer interrogante es de carácter ético: ¿lo que se ha hecho y se está haciendo contra el terrorismo -especialmente en campo bélico- se mantiene dentro de los límites de la legítima defensa, o responde a la figura -siquiera en algunos casos- de la revancha, del exceso de violencia, de la venganza? Resulta patente que el derecho de legítima defensa no puede negarse a nadie, ni siquiera en nombre de un principio evangélico. Es menester, con todo, una vigilancia continua, un constante dominio de sí y de las pasiones individuales y colectivas para que en la necesaria acción de prevención y de justicia no se insinúen el placer de la revancha y la desmesura de la venganza. Se tuvo la impresión de que estos principios de cautela estuvieron presentes durante los primeros días de la reacción a los terribles atentados del 11 de septiembre. Pero ahora, ¿cuál es la situación? ¿Tal vez el afán de victoria y el dinamismo de la violencia no han ganado la mano rebajando el umbral de vigilancia sobre las acciones bélicas que podrían resultar no estrictamente necesarias en relación con los objetivos originales y, sobre todo, afectar a poblaciones inermes? En este punto es donde el principio de la legítima defensa queda gravemente puesto en entredicho, ya que no se puede ir más allá impunemente sin crear más odios y conflictos de los que se pretende resolver. Aunque resulte doloroso decir o, parece ser este el caso de lo que sigue sucediendo de manera creciente en el Oriente Próximo. Por un lado, un terrorismo insensato y suicida contra ciudadanos pacíficos -entre ellos muchos niños-, terrorismo que no lleva a ningún lado y que suscita un crescendo de ira, indignación y horror. Por otro, acciones de represalia, difícilmente definibles ya como operaciones de legítima defensa, que afectan a poblaciones inermes (y, una vez más, a muchos niños). A ello se añaden auténticas acciones bélicas, ante las cuales hasta el observador más imparcial y sinceramente deseoso y convencido de la necesidad de una seguridad plena para el país que de esa manera actúa no logra comprender cuál es la estrategia de la paz y de la seguridad, que sin embargo sigue siendo el deseo de todo ese pueblo cuya supervivencia resulta esencial para el futuro de la paz en la región y en el mundo entero.

Los tres interrogantes surgen hoy en el corazón de tanta gente, y mucho es lo que cabría discutir a propósito de ellos. En todo caso, y aunque hacen referencia a elementos

éticos de extrema gravedad, no son competencia única –y a veces ni siquiera en primera instancia- de la Iglesia. No corresponde a la Iglesia pronunciar el último juicio práctico sobre acciones de las que sólo pocos conocen las modalidades últimas y precisas. Al suscitar interrogantes como los que quedan expresados, más que formular juicios definitivos he querido ayudarme y ayudaros a reflexionar seriamente y sobre todo estimular a las personas competentes y a los responsables a pesar todas sus opiniones y acciones en una balanza de rigurosa justicia y de respeto a los derechos humanos de todos. Dichos responsables realmente competentes tal vez no sean muchos; desde luego son menos de lo que se piensa o parece a juzgar por el número y la pluralidad de las opiniones que se formulan, a menudo con tanta seguridad. Y es que son pocos los que conocen a fondo todos los datos disponibles acerca de los terroristas, de sus proyectos y recursos, y pocas son las noticias que realmente se filtran sobre las acciones bélicas y sus consecuencias, el carácter de las resistencias y los ámbitos de las estrategias. Las autoridades políticas y militares responsables -me hago cargo de ello- pagan así una ardua cuota de soledad ante decisiones que afectan a la vida de millones de personas.

Por ello resulta aún más valioso el control democrático estable y metódico ejercido por los Parlamentos y por una opinión pública inteligente y no facciosa, correctamente informada en un primer momento sobre la decisión y sucesivamente sobre la conducción de eventuales acciones.

3.- La actitud de Jesús

Una vez dicho esto, nos impresiona aún más la actitud de Jesús en el pasaje de Lucas del que hemos partido y sobre el cual quisiera ahora volver. Y es que existe un interrogante más respecto a los que hemos recordado en relación con los acontecimientos terroristas y bélicos actuales: Se trata de una pregunta muy sencilla, de carácter evangélico. Así suena: ¿qué nos diría hoy Jesús sobre lo que acabamos de recordar? ¿Qué nos sugeriría en el espíritu del Sermón del Monte, en el marco de las bienaventuranzas de los misericordiosos y de los hacedores de paz? En la página de Lucas 13, 1-5 Jesús no se adentra en ninguno de los problemas que tienen en la mente sus interlocutores, y que concernían la atribución de culpabilidades por graves hechos de sangre, la búsqueda de chivos expiatorios. Superando todo juicio moral categorial sobre las acciones de individuos o de grupos, reenvía Jesús a la connivencia interior de cada uno con la violencia y el mal, llegando a repetir dos veces: «Si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo». Nos invita a buscar en cada uno de nosotros las señales de nuestra complicidad con la injusticia. Aconseja no limitarse a extirparla aquí o allá, sino cambiar de escala de valores, cambiar de vida.

Ello, en un primer momento, nos sorprende. Se nos antoja una huida del presente, un volar demasiado elevado ante acontecimientos que exigen con urgencia decisiones y juicios. Nos parece una generalización de un problema que corre el peligro de confundir agravios y razones, verdugos y víctimas, acomunados todos bajo un único denominador.

Pero Jesús no pretende en modo alguno sustraerle a nadie su responsabilidad concreta. Cada uno es responsable de sus acciones y carga con las consecuencias de éstas. Por ello Jesús dijo a Pedro que intentaba defenderle con la fuerza cuando fueron a

arrestarlo: «Vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que empuñen espada, a espada perecerán» (Mt 26, 52). Él sabe que cada uno debe tomar sus decisiones morales ante cada situación concreta. Le importa mucho más, sin embargo, indicar que los esfuerzos humanos por destruir el mal con la fuerza de las armas jamás lograrán un efecto duradero si no se toma seriamente conciencia de que las causas profundas del mal están dentro, en el corazón y en la vida de toda persona, etnia, grupo, nación, institución conniventes con la injusticia. Si no nos aplicamos a estos ámbitos más profundos modificando nuestra escala de valores, dentro de poco nos encontraremos ante esos mismos males que hemos intentado eliminar con todo esfuerzo exterior.

Así valoraron la situación actual los obispos procedentes de todo el mundo y reunidos en el Sínodo el mes de octubre de 2001. Cito del mensaje final: «Nuestra asamblea, en comunión con el Santo Padre, ha expresado su más viva compasión por las víctimas de los atentados del 11 de septiembre de 2001 y por sus familias. Rezamos por ellas y por todas las otras víctimas del terrorismo en el mundo. Condenamos de modo absoluto el terrorismo, que de ninguna manera puede ser justificado. Por otra parte, durante este Sínodo no hemos podido cerrar nuestros oídos al eco de tantos otros dramas colectivos [...] Según observadores competentes de la economía mundial, el 80% de la población del planeta vive con el 20% de los recursos, y mil doscientos millones de personas deben «vivir» con menos de un dólar por día! Se impone un cambio de orden moral» (nn. 9-10: ECCLESIA, núm. 3.073 [2001/II], pág. 1661). Los obispos enumeran además algunos «males endémicos, subestimados durante mucho tiempo, [que] pueden conducir a la desesperación de poblaciones enteras. ¿Cómo callarse frente al drama persistente del hambre y de la pobreza extrema en una época en la cual la Humanidad posee como nunca los medios de un reparto equitativo? No podemos dejar de expresar nuestra solidaridad, entre otras, con la masa de refugiados e inmigrantes que, como consecuencia de la guerra, de la opresión política o de la discriminación económica, son forzados a abandonar su tierra...» (n. 11: ECCLESIA, núm., *cit.*, *ibid.*). Tantos son los males que es menester deplorar y derrotar: amén del terrorismo y la violencia es preciso condenar toda injusticia y eliminar todo agravio a la dignidad humana. Nos preguntamos: ¿será posible semejante inversión de tendencia? Nos atrevemos a responder que sí, en primer lugar porque tamaña corrección de la escala de valores resulta necesaria para la superación de esa conflictividad creciente encaminada a la destrucción recíproca de los contendientes. En segundo lugar porque contamos con la gracia de Dios y la racionalidad fundamental del hombre. En tercer lugar porque como cristianos (y también en esto nos distinguimos de un mundo occidental hasta hace poco seguro de sí mismo pero ahora harto más incierto y cada vez más pobre de esperanza trascendente) tenemos la certeza de que si el mal abunda es para que superabunde la gracia de la conversión y del perdón.

Si bien dejamos en manos del Señor de la historia el cálculo de los tiempos, sabemos que es muy posible que madure de nuevo en Occidente, tal vez precisamente bajo el impulso de tan dramáticos acontecimientos, la percepción de la necesidad de un cambio de vida, la adopción de una nueva escala de valores. En un reciente artículo se hablaba, a propósito de este reconocimiento, de «apocalipsis», en el sentido etimológico de un «levantar el velo», de «una revelación» (Enzo Bianchi, *Le apocalissi dell'11 settembre*, en «La Repubblica», 27-10-01). En nuestro contexto, se trata de una revelación del mal en el que estamos sumergidos, de lo absurdo de una sociedad cuya dios es el dinero, cuya ley es

el éxito y cuyo tiempo se ve acompasado por los horarios de apertura de las Bolsas mundiales. Una sociedad que ya casi raya en lo ridículo en su afanosa búsqueda de inversiones virtuales, de transacciones puramente mediáticas, y que pretende exportar mesiánicamente esta perspectiva a todo el mundo. Justo es rechazar semejante globalización. Como ha escrito recientemente Tommaso Padoa Schioppa, «el camino que lleva a la seguridad es bastante más largo que el que ha llevado a Kabul. También resulta más gravoso, porque por él somos nosotros los que hemos de caminar, no militares o países lejanos. y caminar significa modificar nuestras formas de vida, nuestros pensamientos, nuestros sistemas políticos. Podemos preguntarnos: ¿hemos empezado ya a hacerlo?» («Corriere della Sera», 18-11-01). Empero, si ello resulta válido para la economía y la política, ¿por qué no deberían abrirse también en el ámbito de la moralidad nuevos espacios para un compromiso renovado de seriedad y justicia, para una búsqueda del significado profundo de la vida, para una mayor apertura al misterio de Dios? ¿Tal vez Dios no ha «encerrado a todos los hombres en la rebeldía» de conflictos sin salida «para usar con todos ellos de misericordia»? (cf. Rm 11, 32).

No resulta igualmente importante saber si ello acaecerá pronto. En el fondo, como decía Bonhoeffer, «para quien es responsable, la pregunta última no es: ¿cómo saldré heroicamente airoso de esta situación, sino: ¿cual podrá ser la vida para la generación venidera? Sólo de esta pregunta históricamente responsable pueden nacer soluciones fecundas» (*Resistenza e resa*, Milán, pág. 64). Lo que urge, pues, es decirnos a nosotros mismos que si no se da un cambio radical en la escala de valores; si no se ponen en primer lugar la paz, la solidaridad, la convivencia mutua, la acogida recíproca, la escucha y la estima del otro, la aceptación, el perdón, la reconciliación de las diferencias, el diálogo fraterno y el político y diplomático, mientras contemporáneamente se proscriben las represalias de la guerra; si no se desarman no sólo las manos, sino también las conciencias y los corazones, estaremos siempre a vueltas con nuevas formas de violencia e incluso de terrorismo. Tal vez logremos extinguirlas durante un instante, pero para verlas luego renacer despiadadamente en otro lugar.

Como ha reiterado el 4 de diciembre de 2001 el Papa a propósito del conflicto en el Oriente Próximo, «la violencia, lejos de resolver los conflictos, no hace más que acrecentar las dramáticas consecuencias de éstos». Por ello lanzó «un nuevo y apremiante llamamiento a la comunidad internacional para que cada vez con mayor determinación y valentía ayude a israelíes y palestinos a romper tan inútil espiral de muerte. Han de reemprenderse de inmediato las negociaciones para que pueda alcanzarse por fin esa paz tan anhelada». Además, el Papa ha instado a todos los católicos, con un gesto absolutamente nuevo en la historia de las relaciones entre cristianismo e islam, a unirse espiritualmente el 14 de diciembre a la conclusión del solemne ayuno musulmán del Ramadán para proclamar que existe y debe existir un clima de respeto entre las dos religiones. Ahí comenzará un tiempo especial de conversión, de regreso al Señor en el laborioso camino de la historia hacia la plenitud de la verdad y de la caridad, que culminará el 24 de enero de 2002 en una gran oración interreligiosa por la paz en Asís con la participación del Papa. Se trata de gestos que pretenden proclamar a todo el mundo que jamás, por ningún motivo, deben las religiones constituirse en fuente de conflicto, sino, al contrario, en ocasión e instrumento de paz.

4.- Nuevas aperturas

Tengo que concluir ya mi discurso, que inevitablemente corre el peligro de implicarnos en direcciones siempre nuevas, ya que la violencia y el mal están por doquier y en la raíz de todo. Pero el bien dimana de una fuente aún más profunda, y riega, cura y regenera continuamente esa raíz de mal y amargura. Importa, pues, reconocer que cada uno tenemos que cumplir con nuestro cometido y escuchar el llamamiento que se nos hace. El momento dramático que estamos viviendo constituye un fuerte llamamiento a la conversión y al reconocimiento de nuestra connivencia con los males del mundo. Lo subrayo: con los males de todos, en todas las latitudes, y no sólo con los del mundo occidental. Ciertamente éste tiene gravísimas culpas, cegueras, ídolos, delirios de omnipotencia. Por ello la Iglesia jamás se ha reconocido ni identificado con él -ni siquiera la occidental, que ha vivido históricamente y sigue viviendo en este ámbito y se ha esforzado siempre por darle un alma-, ni mucho menos se identifica ahora con un ámbito en el que gloriosas tradiciones de libertad y dignidad humana conviven -en un clima creciente de peligro- con un individualismo sin reglas, con el culto al dinero, al éxito, a la imagen y al poder. Aun siendo conscientes de todo ello, no debemos pensar que sólo nuestro mundo occidental está llamado por Jesús a cambiar de vida. Afirma el señor dos veces en el texto de Lucas del que hemos arrancado (13, 3.5): «Si no os convertís, todos pereceréis». La locura de la autodestrucción, que asume en las culturas actuales innumerables formas, amenaza a todos. Los espectros de la corrupción, del desgobierno, del predominio del interés privado y tribal sobre el interés público, de la dictadura y de la primacía de la fuerza y de las armas, están chupando la sangre de innumerables pobres de la tierra. Resultaría fácil en demasía hallar un único chivo expiatorio y una sola víctima. La cizaña y el trigo están profundamente entrelazados en cada rincón del planeta. Jesús sabe que el mal se esconde en el corazón de todo hombre y de toda cultura, sabe que somos «generación incrédula y perversa» (Mt 17, 17).

Dicho de otra manera, tenemos que caer en la cuenta de que de determinadas pestes que inficionan al mundo (y de las cuales los conflictos bélicos y los atentados constituyen tan sólo una manifestación) no son culpables uno u otro individuo o pueblo lejano o cercano respecto a nosotros, sino que todos somos de alguna manera, cada uno por lo que le corresponde, conniventes y corresponsables.

Si, impulsados por acontecimientos trágicos que jamás habríamos querido imaginar siquiera, comenzáramos a acoger la invitación de Jesús a cambiar de escala de valores y de criterios de juicio, nacería una sociedad más reflexiva, una juventud menos disipada y menos ávida de diversiones, consciente de sus responsabilidades para el futuro del planeta, dispuesta incluso a escuchar el llamamiento a abrirse a existencias consagradas al servicio total de Dios y del prójimo. Y de todo este inicio de camino positivo, nosotros, gracias a Dios, somos también testigos dichosos por poco que sepamos mirar a nuestro alrededor con los ojos de la esperanza.

5.- El gran bien de la paz.

No podría concluir mi discurso sin recuperar lo que fue su inspiración principal desde el comienzo, es decir el gran bien de la paz: y es que si hemos empezado escuchando

a Jesús hablar de la violencia (Lc 13, 1-5) era sólo porque él -y hoy su Iglesia- llevan algo en lo más profundo del corazón: ¡la paz!

Y es que la paz es el mayor bien humano, pues es la suma de todos los bienes mesiánicos. Tal y como la paz es síntesis y símbolo de todos los bienes, así es la guerra síntesis y símbolo de todos los males. Jamás se puede desear la guerra por sí misma, ya que es violación sistemática de derechos humanos sustanciales. Habrá, todo lo más, casos de legítima defensa de bienes irrenunciables. Empero, la lucha -en no pocas ocasiones obligada y meritoria- contra la acción injusta debe permanecer dentro de los límites estrictamente necesarios para una defensa eficaz. Podrán también precisarse valientes acciones de «injerencia humanitaria» y acciones encaminadas a la restauración y al mantenimiento de la paz en situaciones de riesgo gravísimo. Pero éstas aún no serán la paz. Paz no es sólo ausencia de conflicto, cese de las hostilidades, armisticio. Ni siquiera tan sólo la eliminación de palabras y gestos ofensivos (Mt 5, 21-24), ni tampoco mero perdón y renuncia a la venganza, o saber ceder para no entablar discusión (cf. Mt 5, 38-47). Paz es fruto de alianzas duraderas y sinceras (*enduring covenants*, y no sólo *enduring freedom*)⁽¹⁾ que parte de la Alianza que Dios sella en Cristo perdonando al hombre, rehabilitándolo y entregándose a él como interlocutor de amistad y de diálogo con vistas a la unidad de todos aquellos a los que ama. En virtud de esta unidad y alianza cada uno ve en el otro en primer lugar a un semejante, como él amado y perdonado, y si es cristiano lee en su rostro el reflejo de la gloria de Cristo y el resplandor de la Trinidad. Puede decirle al hermano: tú eres sumamente importante para mí, lo que es mío tuyo es. Te quiero más que a mí mismo, tus cosas me importan más que las mías. Y, como me importa en grado sumo tu bien, me importa el bien de todos, el bien de la Humanidad nueva: ya no sólo el bien de la familia, del clan, de la tribu, de la raza, de la etnia, del movimiento, del partido, de la nación, sino el bien de la Humanidad entera: ésta es la paz. Toda acción contra este «bien común», contra este «interés general», arraiga en el miedo, la envidia y la desconfianza. Genera conflictos y alimenta los odios que causan las guerras. Será precisa toda una historia y superhistoria de gracia para recorrer este camino. Pero esta paz sí que es la meta del acontecer humano.

6.- Algunos imperativos inmediatos

1) En primer lugar, tenemos gran necesidad de percibir en nuestro interior un manantial siempre vivo de paz que nos abra a la confianza en la posibilidad de dar pasos concretos y sencillos hacia un cambio de estilo de vida y de criterios de juicio, única vía para un camino serio de paz. Evitemos dejarnos entumecer por un clima consumista prenavideño que amenaza con hacernos eliminar los serios interrogantes surgidos de estos acontecimientos dramáticos.

2) Para evitar vernos arrastrados -tal vez de forma no intencional- a un choque de civilizaciones, habremos de entrenarnos en el arte del diálogo, que arranca de una conciencia clara de la propia identidad y de la riqueza de los lenguajes con los que cabe expresarla y hacerla accesible, eliminado prejuicios, sofismas y falsas comprensiones.

¹ Juega aquí el autor con el nombre inglés de la operación bélica realizada por los Estados Unidos de América contra el régimen de Afganistán, bautizada con el paradójico sintagma *Enduring Freedom*, es decir «Libertad Duradera» (NdT).

3) Para ello importará aprender a conocer las demás religiones, especialmente el judaísmo y el islam, estudiando la historia, la literatura, los tesoros espirituales. las profundidades místicas, el pluralismo expresivo -con inclusión del pluralismo social y político- de cada una de ellas.

4) Será menester, sobre todo, educar en gestos, pensamientos y palabras de perdón, comprensión y paz, empleando «tolerancia cero» para toda acción que exprese sentimientos de xenofobia, de antisemitismo o de menor respeto a cualquier sentimiento y tradición religiosos. Esto exige que también los demás respeten y aprecien aquellos signos religiosos que han sido y siguen siendo para nosotros el camino y el símbolo que nos permiten hoy ofrecer a todos hospitalidad y paz.

5) Huelga recordar hasta qué punto la escuela y la Universidad están llamadas a educar en el diálogo y en la confrontación serena para ayudar a reflexionar motivadamente sobre los graves problemas objeto de discusión tanto en ámbito internacional como a escala nacional y regional (y no sólo, por tanto, acerca de los temas de la paz y de la guerra, sino también sobre otros que nos resultan graves y apremiantes, como la justicia y la sanidad). Grandes serán a este propósito la tarea y la responsabilidad de la autonomía escolar. Nos consuela y nos da motivo para la esperanza el aniversario que se recordará mañana: el de la apertura hace ochenta años, precisamente a pocos metros de esta Basílica de San Ambrosio, en la Via Sant'Agnese, de los cursos de la flamante Universidad Católica del Sagrado Corazón, que empezó con 68 alumnos matriculados y supera hoy los cuarenta mil. A ellos y a todos los jóvenes del mundo les deseamos que sean, en el milenio que comienza, como los «centinelas de la mañana» que anuncian el día de la paz tan deseada.

(Original italiano procedente del archivo informático de la Archidiócesis de Milán; traducción de ECCLESIA.)

MARTINI, Card. Carlo María. «Terrorismo, revancha, legítima defensa, guerra y paz del hombre». Discurso del arzobispo de Milán, en la víspera de San Ambrosio (6,12.2001). *ECCLESIA* 2.093 (23. III. 2002) 33-38. [Original impreso: MARTINI, Card. Carlo Maria. *Terrorismo, ritorsione legittima difesa, guerra e pace*. «Discorso per la vigilia di S. Ambrogio 2001». Milano, 6 dicembre 2001. Ed. Centro Ambrosiano. Milano, 2001. 43 pp.].

Transcripción: Juan Manuel Díaz Sánchez
Instituto Social “León XIII”.
Madrid, diciembre, 2000